

A partir del 11 de septiembre de 2001, el acontecer internacional estuvo marcado decisivamente por el factor de la agresión terrorista cometida contra los Estados Unidos de América y su pueblo civil inerme. Quedó de manifiesto el hecho de que la globalidad nos domina: los problemas regionales y locales pasaron a ser percibidos como subordinados a la problemática central.

Ésta, por lo demás, tiene varias caras. Quien se ocupe de analizar el problema del terrorismo, no puede dejar de considerar también sus repercusiones económicas y sociales: el ataque físico al imperio predominante y a su pueblo afectó también el sistema de economía de mercado, oligopólicamente deformado, en el que dicho imperio se sustenta.

**DEMETRIO BOERSNER**

## Dos posiciones críticas discrepantes

Las corrientes sociales y de opinión que ocupan una posición crítica frente al complejo económico-político-cultural que dirige los destinos de Estados Unidos y del mundo, desde el 11 de septiembre en adelante se han dividido en dos segmentos antagónicos. Aquellas que son francamente enemigas del poder norteamericano y lo consideran como tajantemente reñido con los intereses de otros pueblos –principalmente opiniones comunistas o paracomunistas arcaicas que aún no han asimilado las lecciones de la caída del muro de Berlín, o los apasionados de algún irredentismo nacionalista violento o algún fundamentalismo fascistoide– sienten satisfacción por lo ocurrido en las torres gemelas y en el Pentágono y dicen: «Se lo han buscado y merecido». Traen a la memoria las actitudes pasadas, hegemónicas, intervencionistas y a ratos inhumanas, de la potencia del Norte –en Cuba, en Vietnam, en Santo Domingo, en Chile, en Panamá y en otros lugares–, así como sus actitudes prepotentes y soberbias en materia comercial, ambiental o social internacional, y aconsejan que entre Estados Unidos y sus enemigos terroristas adoptemos una posición neutral.

En cambio, aquellas fuerzas progresistas y críticas que asignan igual importancia a la libertad democrática pluralista que a la solidaridad y la justicia social, y que reconocen en el modelo norteamericano –pese a sus defectos y deformaciones– sus valores constitucionales y políticos democráticos, además de apreciar en su justa dimensión las virtudes y potencialidades del pueblo norteamericano, están acordes en que la posición de los progresistas debe ser de apoyo irrestricto a la causa antiterrorista y de franca solidaridad (ello no implica ningún «cheque en blanco» para el futuro) con la nación agredida.

Además de los principios, la prudencia y el sentido práctico aconsejan tal actitud. Quien en las presentes circunstancias se quiera distanciar

del gigante herido y airado y pretenda darle «lecciones», incurrirá su enojo y sufrirá algún tipo de castigo o represalia. En cambio, aquellas naciones que hoy se coloquen a su lado, tendrán la oportunidad de prodigarle consejos amistosos, de desviarlo de reacciones excesivas, y de tratar de persuadirlo de la conveniencia de un cambio general de políticas hacia un mayor multilateralismo y un mayor sentido de equidad internacional.

Por otra parte, los demócratas progresistas del mundo, sea cual fuere su origen ideológico-religioso, marxista o humanista-liberal, deberían tener perfecta claridad de criterio acerca del carácter totalmente reaccionario y pro-fascista del terrorismo. Como lo señaló el dirigente sindical internacional, Dan Gallin, en sendas conferencias ante trabajadores suizos y canadienses, el movimiento mundial de los grupos que critican la globalización neoliberal está siendo perjudicado y desacreditado por los «casseurs» (los provocadores violentos que, como hace poco en Génova, transformaron una manifestación ordenada y pacífica en sangrienta batalla campal y, de ese modo, sabotean su objetivo). De allí que los protestatarios serios deberían distanciarse radicalmente de los violentos, denunciarlos y combatirlos. De manera análoga, podemos decir que el terrorismo internacional, criminal e indefendible, es el peor enemigo de cualquier eventual movimiento de críticas serias y constructivas a la potencia norteamericana y al actual «establishment» hegemónico mundial.

## En la gran crisis, un pequeño viajante...

Durante el mes transcurrido, la actuación del presidente venezolano Hugo Chávez Frías ante los dramáticos y graves sucesos internacionales fue desconcertante.

Cuando ocurrió el ataque terrorista a Nueva York y Washington, casi todos los mandatarios nacionales del mundo, incluidos los presidentes Castro, de Cuba, Arafat, de la Autoridad Nacional Palestina, y Jatami, de Irán, instantáneamente

expresaron su repudio al hecho y su condolencia y solidaridad a la nación norteamericana. En cambio, el presidente venezolano esperó unas 36 horas antes de hablar personalmente sobre el tema (la declaración oficial fue leída por el secretario de la presidencia).

Asimismo, en un momento en que el mundo retiene el aliento en espera de una respuesta de Estados Unidos y sus aliados a la fuerza transnacional agresora, el jefe del Estado venezolano decidió que no podía aplazar un viaje que pensaba realizar por países de Europa y África del Norte. Según algunas fuentes, el gobierno norteamericano y sus asesores evalúan negativamente esa insistencia del presidente Chávez, de crear una pequeña turbulencia de carácter «multipolarista» en medio de la crisis internacional, y con sus visitas quitar tiempo a estadistas serios que tienen cosas más importantes de que preocuparse. Tan negativa es esa evaluación norteamericana, según las mismas fuentes, que ya está prácticamente tomada la decisión, en Washington, de considerar como «definitivamente no amigo» al gobernante venezolano y no oponer ningún obstáculo a su eventual desestabilización. Ello es así, porque los más recientes gestos del presidente Chávez se agregan a muchos otros que durante el mes transcurrido molestaron a sectores políticos o económicos estadounidenses: la tolerancia demostrada ante invasiones a tierras particulares; la insistencia en sacar del país a la misión militar norteamericana y anular el convenio de cooperación militar con Estados Unidos; la creciente y casi arrolladora presencia cubana en los más diversos ámbitos de la vida nacional; el carácter unilateral (no consultado ni negociado) de las nuevas disposiciones que habrán de regir al negocio petrolero y las relaciones con el capital petrolero transnacional privado; la persistente amenaza estatal a las libertades sindicales, y el discurso presidencial cada vez más estridente y agresivo contra los medios y contra toda fuerza opositora.

### **Medio Oriente: Un extremismo provoca al otro**

Nadie duda de que el auge del terrorismo islamista tiene mucho que ver con el conflicto israelo-palestino y la percepción que tienen los musulmanes en general, de que Estados Unidos está demasiado parcializado a favor de la posición sionista. Los criminales explotan o aprovechan un sentimiento popular realmente existente y difundido.

En ese sentido, es trágico el hecho de que el proceso de paz de Oslo, avalado por Isaac Rabin y Yaser Arafat, haya quedado interrumpido por una serie de desastres, maldades y estupideces. Asesinado Rabin por un fundamentalista judío de memoria funesta, se inició un engranaje de factores destructivos: a un gobernante israelí camaleónico y enano (Netanyahu), le siguió otro demasiado utópico y de escaso sentido táctico (Barak). Arafat-quien parece ser el único líder palestino posible en esta etapa, no obstante sus fallas- no pudo controlar a las fuerzas extremistas del campo árabe y musulmán. Para no aparecer como «débil» o «traidor» ante los extremistas de su bando, o como «sumiso» a las bienintencionadas presiones de Clinton, mostró tolerancia hacia los promotores de una nueva «intifada» y, presumiblemente, hacia elementos terroristas. Ello, a su vez, permitió el surgimiento de Sharon, gran expansionista sionista, de tradición autoritaria más bien que democrática, dispuesto a lo largo de su carrera a utilizar la provocación y la violencia como armas para lograr la conquista de un «Gran Israel» geográficamente más extenso que el Estado Judío actual. Shimon Peres, líder socialdemócrata y canciller en el gobierno israelí, aunque representa a la mitad de la población del país, no ha logrado hasta el presente cambiar la imagen intransigente que Sharon ha creado.

### **Sólo el Islam puede derrotar al Islamismo**

Estados Unidos e Inglaterra han iniciado la guerra contra el régimen talibán encubridor del terrorismo criminal. Alemania y Francia han prometido unirse a ellos, y se espera que, de alguna manera u otra, todo el mundo democrático seguirá su ejemplo con los gobiernos progresistas, socialistas o socialistas democráticos en la vanguardia.

Ahora más que nunca es de esencial importancia que las fuerzas musulmanas moderadas o liberales se unan activamente a la lucha contra el terrorismo y sus cómplices talibanes, culpables de haber convertido al Islam en una caricatura y haberlo expuesto al escarnio universal. Los talibán han hecho una mofa de las enseñanzas del Mensajero de Alá: han hundido a su pueblo en un abismo de atraso pre-medieval y pre-islámico, de opresión, sadismo, desigualdad y obscurantismo, en violación del Corán que emancipa a las mujeres y les da dignidad, que predica la generosidad y la caridad, y que, en el versículo 45 de la Sura 50 («Qaf») dice sobre los infieles y negadores de Dios y del Islam: «Bien sabemos lo que ellos dicen. No utilicéis la fuerza contra ellos. Conceded con este Corán a quienquiera teme mi advertencia».

---

**DEMETRIO BOERSNER**  
DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS.  
EXEMBAJADOR DE VENEZUELA.

---